

Cuando acometen los libres, la victoria les precede; y se abaten los tiranos.

E. EDIC.

INTRODUCCION.

Un hombre que hace poco tiempo se había adquirido el amor y la gratitud de casi medio mundo; y excitado el asombro y la admiración del otro medio, acaba de lanzar, con rabia turbulenta, un grito escandaloso de agresión y muerte fratricidas. Secundado este por los insultos y villendios de los secuaces de aquel, nos han provocado a una justa resistencia; y el Ejército peruano decidido a todo, menos á consentir se le ocupe un solo palmo de su terreno; ni á que se le usurpen sus derechos, espera ya en el campo de batalla “la hora señalada del combate.” El agresor inhumano y cruel, dejará, sin duda, marchitado para siempre el falso brillo de sus pasadas glorias; y su nombre aborrecido de las presentes, y de las futuras generaciones. Antes aseguramos que ya no es el Libertador de Colombia aquel hombre adorado de sus pueblos. Así, se canza, en vano, el resto miserable de sus devotos, tan supersticiosos, como interesados, si se esfuerza en sostener el prestigio de su soñado imperio. Todo lo ha perdido ya el que profanó el santuario augusto de las leyes colombianas. Ni puede ser contado, entre los hombres grandes, el que esta avezado al perjurio, las intrigas, asesinatos, y proscripciones; y el que se empeña en la porfía de establecer, en la era de las luces, el trono de un extraño absolutismo. El creyó, en los ensueños de su perturbada fantasía, hallar un asilo seguro y fuerte contra sus numerosos enemigos, en la noble generosidad peruana: mas se engañó. ¡Ah! ¡que frágiles y perecederos son los cálculos humanos en los extravíos de la razón! Si un día pudo resolverse á invocarle en su auxilio una débil, y espantandiza fracción de nuestro primer Congreso, empujando el resto á una cobarde condescendencia; hoy el Perú entero, y su hija adoptiva, la primera, le detestan y abomi-

nan; y se han levantado en masas formidables, para combatir y destruir, á todo trance, á ese puñado de esclavos de los caprichos de un despota; y hasta para borrar luego de los anales de la patria el nombre execrando de Bolívar. Pise enhorabuena las instituciones mas sagradas de aquella Republica fatal.—Persiga, y desaparezca a sus magistrados respetables.—Arroguese, como quiera, el poder aborrecible de una eterna dictadura—dilapide y consuma las rentas amortecidas de aquel Estado, en su loca actual empresa de dominarnos: que aquí movidos por el mas puro de los entusiasmos nos hemos dictado un código, en el que está firmemente apoyada la ley fundamental de una Republica constituida. ¿Y que nos falta? Nada. Tenemos al frente de nuestros negocios a un ciudadano que nos dirige con acierto y tino en el cumplimiento de las leyes; y que es a un mismo tiempo un capitán valiente, sin orgullo, y un guerrero sabio sin ostentación: al que amamos por justicia, y obedecemos por amor. Tenemos hombres: porque cada peruano es ya un soldado, y el Perú abunda en hombres conocidos en la guerra. Tenemos armas; y hemos aprendido á manejarlas en los campos de batalla. Nos sobran los demas recursos, que aun hemos dejado intactos: porque los ricos veneros de “Pasco, y Potosí,” nos tributan por si solos con el dinero suficiente para sostener esta gloriosa campaña: por mas que invente prolongarla el tiempo. ¿Y a donde estan ahora esos amigos con los que contaba Bolívar en el Perú? O ellos no han existido nunca, ó si los tuvo desaparecieron como el humo a la presencia imperiosa de la Patria alarmada en su defensa. Mas, para decir verdad, ellos no han desaparecido: existen entre nosotros aumentando el número incalculable de los que aborrecen hasta el nombre del tirano. Vamos á ver si lo siguiente lo comprueba. No

bien se halló restablecida del todo la salud, algo quebrantada, de S. E. el presidente de la República, que dispuso su marcha á las costas del Norte, para ponerse a la cabeza de sus ejércitos. Aquí ha sido cuando los peruanos todos han desatado el torrente de su entusiasmo por su patria y su libertad. Las puertas de la casa de S. E. se vieron embarazadas muchos días, y muchas noches, por un conjunto de niños, hombres, y aun ancianos: que se disputaban, en tropel, la preferencia en ofrecer sus servicios a las filas. La sagacidad de S. E. y las razones convincentes con que se les persuadió no ser ya necesario engrosar aquellas; para escarmentar a los nuevos vandalos del mas feliz sistema, pudo contener un poco los esfuerzos de mil y mil ciudadanos y guerreros que estan dispuestos a pelear por el sosten de sus leyes y sus regalías. Sin embargo acompañan al GRAN GENERAL LA-MAR, algunos, que por sus meritos, valor, y conocimientos, no le fue dable dejarles sin parte en la proxima victoria. No son estos aquellos parásitos del general Bolívar, que en los accesos de su ferocidad ambiciosa le han precipitado, como ahora, al abismo de su perdicion. Son los hombres que este mas aborreció; porque alcanzó a discernir en ellos mas virtudes; y sobre todo, porque son los hombres que en nada se parecen a los sirvientes de un general frenético y delirante.

EL GENERAL LA-MAR EN PAYTA.

Vamos á ocuparnos de un asunto, cuya dilucidacion hará amarga su lectura á los enemigos de este digno general; pero encantadora y dulce á los peruanos que le idolatran porque conocen sus virtudes. El dia 23 del presente, á las 3 de la tarde llegó S. E. á la hermosa y apacible rada de aquel puerto. Su viage próspero y feliz comprueba la cooperacion de los elementos mismos á conservar la preciosa vida de los heroes. No quiso pisar la tierra hasta el dia subsecuente. Antes resolvió que su benemerito ministro de la guerra, el Sr. Castro, ahora su secretario general, fuese en persona á prevenir lo necesario para su movilidad, y la de los oficiales, y tropas que le acompañaban, sin el menor gravamen de los vecinos de aquel pueblo. Ni los reiterados ofrecimientos de estos, ni sus ruegos, ni sus suplicas, á bordo de la fragata Presidente, á donde concurren, bastaron á persuadir á S. E.

para que desistiese de la idea de no gravar los pueblos del Perú, en la presente campaña, fuera de aquello que, dandóselo la naturaleza de sobra, pueden cederlo, sin perjuicio, á los defensores de la Patria. Al otro dia desembarcó sin poder evitar las salvas de la artilleria con que se alternaron la Presidente, la corbeta Libertad, y los fuertes de tierra; ni menos los vivas y aclamaciones del inmenso gentío, que habia concurrido al puerto á celebrar la llegada del antiguo Salvador del Perú. Al pasar por la corbeta quiso S. E. saludar en persona, y aplaudir por sí mismo á los bravos marinos: que con denuedo egemplar abatieron el pabellon colombiano, el 31 del pasado, en la embocadura del Tumbes. Satisfechos estos y animados, á presencia de su generalísimo, del fuego patrio que los devora, consignaron en manos de S. E. el detall de su victoria; y parecian como enagenados de contento; hasta que S. E. se dignó hablarles en aquellos términos faciles y enérgicos que acostumbra; y que en boca de los hombres de su clase sirven de compensacion á los sacrificios del guerrero. Llegado á tierra S. E. no buscaba mas que en donde egercitar la magnanimidad de sus sentimientos. Atravesando por entre las filas de las tropas que le formaban calle desde el muelle hasta la iglesia, se detuvo á preguntar por el alojamiento en donde se asistia al intrépido comandante Postigo; y convirtiéndose la multitud acia el extremo del puerto le llevaron hasta el lecho en donde estaba aquel combaleciendo de sus heridas. No pudo contener S. E. el exceso de su ternura, y se arrojó á los brazos de aquel valiente; que aun sorprendido en el mar por doble fuerza, supo rechazar, y poner en vergonzosa fuga á la goleta Guayaquileña y á la corbeta Pichincha. "Mi general," dijo el comandante a S. E. "Estoy vivo, y solo en esto pudiera V. E. echar de ver que la Corbeta Libertad existe victoriosa: pues al ser vencida yo no existiria." Lo sé muy bien, le contestó el presidente. Cuando el gobierno del Perú, hizo en V. la confianza que ha desempeñado, estaba asegurado de que esta seria su correspondencia. Le aseguro á V. que el Perú no dejará sin premio la importancia de sus servicios. En punto pidió S. E. se le encaminase al hospital: en donde se encuentran algunos marinos y soldados, reparandose de una horrible combustion que espe-

rimentaron: por medio de los frascos incendiarios que de los buques de Colombia, expedidos por la faccion de Guayaquil, arrojaron á la Corbeta Libertad. Una Señora de Guayaquil, fué recomendada á S. E. por los enfermos, á virtud de su prolija asistencia, afanes, y cuidados para con ellos. S. E. entonces ordenó que á tan recomendable patriotismo se premiase de cuenta del Estado. Mas esta heroína generosa le dijo á S. E. en voz clara y perceptible. "Señor: yo estoy recompensada mas allá de lo que merezco con solo el gusto que siento en mi alma ocupandome en servir á los defensores de la patria. ¡Ojalá quisiera V. E. llevarme á su lado para cuidarle y asistirle! y ojalá que como yo puedo ofrecer esto que es lo que le corresponde á mi sexo, pudiera ser un hombre para ir á la campaña al lado de V. E. y poner mi pecho entre las balas de los traidores y la preciosa vida de V. E. Cuento V. E. que de estos mismos sentimientos se encuentran animados todos los pueblos que gimen bajo el peso de las cadenas de un tirano." S. E. entonces no pudo menos que estrechar entre sus brazos á una muger, cuya alma privilegiada habia salido envuelta en su patriótico razonamiento. ¡Y quien no sintió la suya conmovida si estuvo siendo parte en el sublime cuadro que representaron la grandeza de un heroe sorprendida—el patriotismo y la piedad llevados á lo infinito—y la viveza del placer reinando en el asilo del dolor! Un "vamos" de S. E. fué el rayo de luz que pudo sacar á los circustantes de la contemplacion deliciosa en que estaban extasiados. Desde allí se dirigió S. E. al templo del Dios Santo, seguido de una comitiva incalculable; y teniendo que substraerse á la precision de pisar los paños y mantillas que las mugeres le tendian en el suelo; y por dejar tambien á la plebe en libertad de recojer el dinero que le arrojaron de los balcones. Llegó á la iglesia de la Merced y oró con reverente cristianismo ante aquella imagen, por que prevalezca, sin los horrores de la guerra, la causa santa de los libres. ¡Y vosotros, escritores de Guayaquil, los que habeis conocido de cerca á S. E. el Presidente de la República, y habeis pisado las playas de este puerto, ved lo que alcanzan los que mandan cuando son buenos; y lo que son los pueblos, cuando se deciden á no ser esclavos!

PERIODICOS Y CHISTES.

Si quisiéramos detenernos en explicar los excesos á que conduce la desesperacion, no haríamos otra cosa que repetir lo que, sobre esta materia, tienen escrito muchos hombres mas experimentados que nosotros; y cansaríamos quizá la paciencia de nuestros lectores: que no los reputamos ignorantes en la historia de las revoluciones. Nunca dejaremos de ofrecer, y de cumplir con el proposito de que nuestras paginas no serán manchadas con los negros razgos que dicta la calumnia; y que inventa la satirica mordacidad. Seremos fieles á nuestras promesas por mas que nos provoquen los sátelites alevosos de la tiranía: mas no por eso dejaremos de contestarles como corresponde á nuestra regular educacion. Desde que con insolente descaro quiso el general Bolivar, á título de guerrero y legislador, hacerse dueño del Perú, y convertirle en patrimonio de los demagogos, y calumniantes que le rodean; el Perú se manifestó resuelto á despreciar el proyecto inadmisibile de su torpe fé politica; y á defender palmo á palmo su terreno: y desde entonces no han cesado los chistosos escritores de Guayaquil, de buscar, para insultarnos, el modo de agotar el diccionario de las desvergüenzas. Siempre les hemos visto mas que con odio, ó con furor, con una risa lastimosa, ó con la mas despreciativa indiferencia: porque hemos creído, y aun creemos, que no le queda á la perversidad burlada en sus viles intenciones, mas que el efugio triste de "chillar" allá en sus "chirivitiles" al rededor de su "gabilla." El "Garrote" rompió el nombre: periodico digno de las manos de donde salía: alma propia de una familia que, acostumbrada á la tosca servidumbre, la heredó de sus amos: porque se le enseñó con ella á servir en los domesticos quehaceres. Ocultos, luego con el título usurpado del "Colombiano de Guayas," emprendieron destrozarse el crédito, y la reputacion de algunos que creian autores de ciertos picantes papeluchos que se publicaron en Lima en justa retaliacion de sus repetidos insultos. Hoy ha saltado á la arena el "Telescopio" supuestamente impreso en Cuenca: compuesto de plagios, y chistes, tan sin sal como si fuera escrito por el tan insulso, como criminal Heres. En los numeros 4 y 5 se registran artículos que confirman, á los conocedores de aquel falso relumbran-

te, y erudito á violeta, que su autor es el que aborrece á todo el mundo, menos á su idolatrado, y ya perdido ministerio. Al virtuoso Ejército, que está en guarda contra la agresion decidida del tirano de Colombia, lo bautisa con el nombre de gabilla peruana; y no dispensa, en su implacable furia, á sus generales, gefes, ni oficiales: ni aun á los ciudadanos mas indefensos del Estado: porque á todos los arrastra por los suelos. ¿Y será creíble, que el hombre mas execrable, el odiado de sus padres, el aborrecido de sus deudos, el detestado de sus amigos, el proscrito de su suelo, el asesino de sus hermanos, el ambicioso mas cobarde, el esclavo ciego de la tirania, el verdugo de la patria, el consumido por los vicios, el privado por la naturaleza de la entera facultad de hablar, se atreva á ofender y á herir á tantos hombres nobles, honrados y benemeritos: ante quienes, si se hallase, temblaría á manera de las débiles hojas de un árbol sacudidas por el uracan mas fuerte. El libelista famoso, el envenenador, el deshonorador de la libertad de la imprenta aspira á envilecer á los mejores republicanos, y pretende derribar al gobierno del Perú!!! ¡infame! Acuerdese que ese mismo sultan á quien sirve balbuciente y de rodillas, le arrojó un tiempo de su lado, diciendole ante un concurso numeroso: "marchese de mi presencia—el Perú le aborrece á V. yo le detesto, y Colombia no le necesita para nada.—Ahora, sin duda, que ei chistoso general atribuye, á la generosidad peruana, las calidades que á el solo le son debidas; porqué usó de la clemencia de substraerle á las manos de sus irritados enemigos dejándole escapar en el Vergantín nombrado el Cisne. Asi es que emprende de nuevo irritar nuestro sufrimiento. Sepa, pues, el ex-ministro y presunto Duque, que el gran general La-Marcuyo nombre solo, al tener verguenza, le cubriria de espanto, es el hombre que por el voto expresado de cerca de un millon de habitantes dispone de los tesoros, de las fuerzas, y de la poblacion de una nacion entera: que el es, el que á la cabeza de mas de 14,000 soldados está ya en el campo de batalla. Allí está con un brazo

fraternal extendido ofreciendo de buena fe, á los desgraciados colombianos, un asilo en el seno opulento del Perú; y con el otro, empuñando airadamente su invencible espada, para demarcar con ella, á sus compañeros de armas, la senda segura de la gloria: sin que el monstruo de la tirania pueda levantar del polvo en que yace su abatida frente. Omita, pues, el Sr. Heres continuar desacreditando á Colombia con esa guerra vergonzosa de papeles que nos tiene ya entablada. No aumente los sinsabores de esa Republica oprimida, haciendola aparecer imbecil y sin luces. Colombia: la cuna de la libertad, la madre fecunda de infinitos heroes, la amiga de sus hermanas, mañana recobrará su esplendor antiguo, eclipsado por un puñado de perfidos, traidores, y parricidas, que por su desventura, salieron de su seno. Después de la infame violacion de los principios de su libertad, de sus leyes, y de su soberania, déjela un inicuo, que horrorizada con los delitos de que vé cubiertos á algunos hijos suyos, lamenta la sangre de dos repúblicas con que ya los está contemplando enrojecidos. Sabemos que los mas sonrientes, vacilantes, y silenciosos trepidan entre el escándalo que han dado al mundo, y la desesperacion de conseguir el exito de sus depravaciones. Mas la sed del oro, la rabia destructora, y el brillo de un imperio pueden mas que los llantos y las quejas de tantos ilustres padres de la patria, que gimen encorbados bajo del peso de un yugo mas sangriento, que el que hace poco lograron sacudir á fuerza de inmensos sacrificios. En fin sea de ello lo que fuese, si una politica profundamente barbara y atroz desoye los gritos de la humauidad, las reconvenciones amenazantes de la Europa, y se atreve á señalar la hora del combate á tantos hombres resueltos á morir por su libertad ¿Para que es perder el tiempo en escribir ridiculos periódicos? El campo lo teneis abierto. Cualesquiera que sean los sucesos no borrarán jamas de la memoria de los hombres los medios que habeis empleado para provocarnos. El severo tribunal de la conciencia pública está pronto para juzgar: los que fuesen condenados lo serán en última apelacion.